

El ministerio ha cambiado de repente. El marido, consejero de estado, teme ser declarado cesante, cuando la víspera esperaba una dirección general. Todos los ministros son enemigos suyos, y se hace constitucional. Previendo su desgracia ha ido a Auteuil a consolarse con un amigo antiguo que le ha hablado de Horacio y de Tíbulo. Al volver a casa ve la mesa puesta como para recibir a los hombres más influyentes de la situación.

—En verdad, señora condesa—dice él con mal humor y entrando en el cuarto donde ella está acabando su tocado,—hoy no reconozco vuestro acostumbrado tino... Buscáis mala ocasión para dar comidas... Veinte personas van a saber...

—¡Van a saber que eres director general!...—exclama ella mostrándole un real despacho.

Se queda atónito. Coge la credencial, la vuelve, la revuelve, la abre, se sienta y vuelve a plegarla.

—Sabía muy bien—dice él—que bajo todos los ministerios posibles se haría justicia...

—Sí, querido mío; pero el señor de Villeplaine ha salido fiador, respondiendo de tu persona a Su Eminencia el Cardenal de... de quien es...

—¿El señor de Villeplaine?...

Hay en esto una compensación tan opulenta, que el marido añade con una sonrisa de director general:

—Cáspita, querida mía; pero ¿es cosa tuya?

—¡Ah! ¡no me lo agradezcas!... ¡Adolfo lo ha hecho por instinto y por ti!...

Cierta noche, un pobre marido, detenido en casa por una continuada lluvia o cansado tal vez de ir a pasar sus veladas en el juego, en el café o en las reuniones, hastiado y aburrido de todo, se ve obligado, después de la cena, a seguir a su mujer al cuarto conyugal. Se sepulta en un canapé y espera sultanescamente su café. Parece decirse: ¡Después de todo, es mi mujer!...

La sirena dispone por sí misma la bebida predilecta, pone un cuidado particular en destilarla, le echa azúcar, la prueba; se la presenta; y, sonriéndose, arriesga, odalisca sumisa, una chanza, para desarrugar la frente de su amo y señor.

Hasta entonces él había creído que su mujer era tonta; pero al oír una agudeza, finamente dicha, levanta la cabeza de aquel modo peculiar a los perros que rastrean una liebre.

—¿En dónde diablos ha aprendido esto?... ¡Será una casualidad!—se dice para sí.

Y, replica con una observación picante. La señora responde a ella, la conversación se hace tan viva como interesante, y este marido, hombre bastante superior, está completamente admirado al hallar el espíritu de su mujer adornado con los más variados conocimientos. Las palabras propias se le ocurren con una facilidad maravillosa, su tino y su delicadeza producen especies de una graciosa novedad. No es ya la misma mujer. Repara ella el efecto que produce en su marido; y tanto para vengarse de sus desdenes, como para hacerle admirar al amante a quien debe, por decirlo así, los tesoros de su espíritu, se anima y deslumbra. El marido, más capaz que otro alguno de apreciar una compensación que no debe tener ninguna influencia en su porvenir, piensa que las pasiones de las mujeres son tal vez una especie de cultura necesaria.

Pero ¿cómo revelar la compensación que más lisonjea al marido?

Entre el momento en que aparecen los últimos síntomas y la época de la paz conyugal, de que no tardaremos en ocuparnos, pasan, poco más o menos, unos diez años. Así, durante este espacio de tiempo y antes de que los dos esposos firmen el tratado que, por una reconciliación sincera entre el pueblo femenino y su dueño legítimo, consagra una pequeña restauración matrimonial; antes, en fin, de cerrar, según la expresión de Luis XVIII, el abismo de las revoluciones, es raro que una mujer decente no haya tenido más que un amante. La anarquía tiene fases inevitables. La dominación fogosa de los tribunos es reemplazada por la del sable o de la pluma, pues no se encuentran muchos amantes cuya constancia sea decenal. Luego, probando nuestros cálculos que una mujer decente no ha pagado, sino muy estrictamente, sus contribuciones fisiológicas o diabólicas, no haciendo más que tres dichosos, está en el orden de las probabilidades que habrá puesto el pie en más de una región amorosa. Algunas veces, durante un interregno demasiado largo del amor, puede acontecer que, sea por capricho, sea por tentación, sea por el atractivo de la novedad, una mujer se proponga seducir a un marido.

Figuraos a la hechicera señora de T..., la heroína de nuestra Meditación sobre la *estratégica*, principiando por decir con un aire astuto:

—¡Nunca te he visto tan amable!...

De lisonja en lisonja, tiente, pica la curiosidad, se chancea, fecundiza en vos el deseo más ligero, se apodera de él, y os hace enorgullecidos de vos mismo.

Llega en tal caso para el marido el día de las indemnizaciones. La mujer confunde entonces la imaginación de su marido. Semejante a los viajeros cosmopolitas, refiere las maravillas de los países que ha recorrido. Interpola sus discursos con palabras pertenecientes a varios lenguajes. Las imágenes apasionadas del Oriente, el original movimiento de las frases españolas, todo choca, todo se confunde. Desarrolla todos los tesoros de su librito de memorias con todos los misterios de la coquetería; es hechicera; ¡nunca la habíais conocido!

Con aquel arte particular que tienen las mujeres de apropiarse todo lo que se les enseña, ha sabido armonizar los matices, para crearse unas maneras que sólo a ella pertenecen. No habíais recibido más que una mujer lerda e ingenua de manos de Himeneo y el celibato generoso os restituje una docena de ellas. Entonces el marido, alegre y enajenado, ve su cama invadida por la tropa juguetera de aquellas cortesanas provocativas de que hemos hablado en la Meditación *sobre los primeros síntomas*. Estas diosas vienen a agruparse, a reír y a jugar bajo las elegantes muselinas del lecho nupcial. La Fenicia os arroja coronas y se mece blandamente, la Calcidisosa os sorprende con los prestigios de sus blancos y delicados pies, la Inelmana llega y os descubre, hablando el dialecto de la bella Ionie, tesoros de felicidad desconocidos en el estudio profundo que os obliga a hacer de una sola sensación.

Desconsolado de haber desdeñado tantos hechizos, y fatigado muchas veces de haber encontrado tanta perfidia entre las sacerdotisas de Venus como entre las mujeres decentes, el marido aviva algunas veces, por galantería, el momento de la reconciliación, hacia la cual tienden siempre las personas decentes; y esa segunda cosecha de felicidad es cogida con más placer, tal vez, que la primera mies. El Minotauro os había robado oro y os restituje diamantes. En efecto, este es tal vez el momento de decir una cosa de la más alta importancia: puede uno tener mujer y no poseerla.

Así también, como la mayor parte de los maridos, no habéis recibido quizá aun nada de la vuestra, y para hacer vuestra unión perfecta ha sido necesaria tal vez la poderosa intervención del celibato. ¿Cómo denominar a este milagro, el único que se obra sobre un paciente en su ausencia?... ¡Ay, hermanos míos, no hemos hecho nosotros la naturaleza!...

¡Pero por cuántas otras compensaciones no menos ricas

sabe el alma noble y generosa de un joven soltero merecer su perdón! Me acuerdo de haber sido testigo de una de las reparaciones más magníficas que un amante puede ofrecer al marido que minotauriza.

En una cálida noche del verano de 1817, vi llegar, a uno de los salones de Tortoni, a uno de aquellos muchos jóvenes que con tanta confianza llamamos amigos nuestros. Estaba en todo el esplendor de su modestia. Una mujer adorable, vestida con perfecto gusto y que acababa de entrar en uno de aquellos frescos gabinetes consagrados por la moda, había bajado de una elegante berlina que se paró en el boulevard, ocupando aristocráticamente el terreno de los paseantes. Mi joven soltero apareció dando el brazo a su soberana, mientras que el marido les seguía cogiendo de la mano a dos niños bonitos como unos amores. Los dos amantes, más ligeros que el padre de familia, habían llegado antes que éste al gabinete indicado por un criado. Al atravesar la sala de entrada, el marido tropezó con no sé qué dandy, que tomó a pecho el que le hubiesen empujado, y de allí surgió una riña, que vino a hacerse seria en el instante, por la acritud de las respectivas réplicas.

En el momento en que el dandy iba a permitirse un acto indigno de todo hombre que se tiene en algo, el soltero había intervenido y detenido el brazo del dandy; y le había sorprendido, confundido, aterrado, estaba soberbio. Cumplió el acto que meditaba el agresor, diciéndole:

—¿Caballero?...

Este: ¡Caballero!... es uno de los discursos más bellos que jamás he oído. Parecía que el joven soltero se expresaba de este modo:

—Este padre de familia me pertenece. Puesto que me he apoderado de su honor, a mí me toca defenderle. Conozco mi deber, soy un sustituto, y me batiré por él.

¡La mujer estaba sublime! Pálida, aturdida, había cogido el brazo de su marido que hablaba sin cesar, y sin decir una palabra, le arrastró al coche con sus hijos. Era esta una de aquellas mujeres del gran mundo que saben conciliar la violencia de sus sentimientos con el buen tono.

—¡Oh! ¡don Adolfo!—exclamó la joven al ver a su amigo volver con aire alegre a la berlina.

—Esto no es nada, señora; es un amigo mío, y nos hemos abrazado...

No obstante, al día siguiente por la mañana, el animoso soltero recibió una estocada que puso su vida en peligro y le retuvo seis meses en cama. Fué objeto de los cui-

dados más afectuosos por parte de los dos esposos. ¡Cuántas compensaciones!... Algunos años después de este acontecimiento, un anciano, tío del marido, cuyas opiniones no concordaban con las del joven amigo de la familia y que conservaba un pequeño resto de rencor contra él, con motivo de una discusión política, se propuso echarle de la casa. Llegó el anciano hasta a decir a su sobrino que era necesario elegir entre su herencia y la expulsión de aquel impertinente soltero. Entonces el respetable comerciante, pues era un corredor de cambios, dijo a su tío:

—¡Ah! ¡No es usted, tío mío, quien me obligará a ser desagradecido! ¡Si yo se lo dijese, este joven se dejaría matar por usted!... él ha salvado mi crédito, él atravesaría el fuego por mí, me deshace de mi mujer, me atrae clientes, me ha procurado casi todas las negociaciones del empréstito Villele... le debo la vida, es el padre de mis hijos... ¡esto no se olvida!

Todas estas compensaciones pueden pasar por completas; pero por desgracia hay compensaciones de todas clases. Las hay negativas, engañosas, y en fin, las hay falaces y negativas a un tiempo.

Conozco un anciano marido dominado por el juego. Casi todas las noches viene el amante de su mujer. ¡El soltero le dispensa con liberalidad los goces que dan las alternativas y el azar del juego! Y sabe perder regularmente un centenar de francos al mes; pero la señora se los da... La compensación es engañosa.

Sois par de Francia, y nunca habéis tenido más que hijas; ¡pare vuestra mujer un muchacho! La compensación es negativa.

El hijo que salva vuestro nombre del olvido se parece a su madre... La señora duquesa os persuade de que el niño es vuestro... La compensación negativa se hace falaz.

Si llegan tantos maridos muy suavemente a la paz conyugal y llevan con tanta gracia las insignias imaginarias del poder matrimonial, su filosofía es sin duda sostenida por el *confortabilismo* de ciertas compensaciones que los ociosos no saben adivinar. Pasan algunos años, y los dos esposos llegan a la última situación de la existencia artificial a que se han condenado al casarse.

## MEDITACIÓN XXIX

### DE LA PAZ CONYUGAL

Mi espíritu ha acompañado tan fraternalmente al matrimonio en todas las fases de su vida fantástica, que me parece haber envejecido con la familia que he tomado tan joven al principio de esta obra.

Después de haber experimentado con el pensamiento el ímpetu de las primeras pasiones humanas; después de haber delineado, a pesar de la imperfección del dibujo, los principales acontecimientos de la vida conyugal; después de haber discutido contra tantas mujeres que no me pertenecían; después de haberme gastado combatiendo tantos caracteres evocados de la nada; después de haber asistido a tantas batallas, experimentado un cansancio intelectual que parece que echo un crespón sobre las cosas de la vida. Me parece que tengo un catarro, que llevo anteojos verdes, que mis manos tiemblan y que voy a pasar la mitad de mi existencia y de mi libro excusando las locuras de la primera.

Me veo rodeado de niños grandes que no he hecho, y sentado cerca de una mujer con quien no me he casado. Creo tener arrugas acumuladas sobre mi frente. Me hallo delante de un hogar que chisporrotea, y habito una cámara antigua... Experimento una impresión de pavor al poner la mano en mi corazón; porque me pregunto:

—¿Está, pues, marchito?

Semejante a un procurador viejo, ningún sentimiento se me impone y no admito un hecho sino cuando se me atestigua, como dice un verso de lord Byron, por dos buenos testigos falsos. Ningún rostro me engaña. Me hallo afligido y triste. Conozco que el mundo no tiene ya ilusiones para mí. Mis más santas amistades han sido vendidas. Cambio con mi mujer una mirada de inmensa profundidad, y la más sencilla de nuestras palabras es un puñal que atraviesa nuestra vida de parte a parte. Disfruto de una horrible calma.

¡He aquí la paz de la vejez! El anciano posee en sí y de antemano el cementerio que en breve le poseerá a él. Se acostumbra al frío. Muere, el hombre, como nos dicen los filósofos, pieza por pieza; y aun engaña casi siempre a la muerte, pues lo que ésta viene a coger con su descarnada mano, ¿es siempre verdaderamente la vida?

¡Oh! ¡Morir joven y palpitante!... ¡Destino digno de

envidia! ¿No es esto, como ha dicho un gran poeta: «Llevarse consigo todas sus ilusiones, enterrarse, como un rey de Oriente, con sus pedrerías y sus tesoros, con toda la fortuna humana?»

¡Cuántas gracias debemos dar al espíritu dulce y benéfico que respira en todas las cosas de este mundo! En efecto, el cuidado que tiene la naturaleza de despojarnos pieza por pieza de nuestras vestiduras, de desnudarnos el alma, debilitándonos por grados el oído, la vista y el tacto, amortiguando la circulación de nuestra sangre, y coagulando nuestros humores, para hacernos tan poco sensibles a la invasión de la muerte como lo fuimos a la de la vida, este cuidado maternal que tiene de nuestra frágil cubierta lo despliega también para los sentimientos, para esa doble existencia que el amor conyugal crea. Nos envía primero la Confianza, que, alargando la mano y abriendo su corazón nos dice: ¡Mira! soy tuya para siempre. La Tibieza la sigue con paso lánguido, volviendo su cabeza rubia para bostezar, como una viuda joven escuchando al ministro dispuesto a firmar la credencial de su haber. La Indiferencia llega y se tiende sobre un sofá, no pensando más que en bajar la ropa que en otro tiempo el Deseo levantaba tan casta y vivamente. Fija sus ojos sin pudor y sin inmodestia sobre el lecho nupcial; y si desea alguna cosa, son frutas verdes para despertar su estragado paladar. En fin, la Experiencia filosófica de la vida se presenta con frente recelosa y desdefiosa, mostrando con el dedo los efectos y no las causas, la victoria tranquila y no el combate fogoso. Computa los atrasos de los arrendatarios, y calcula el dote de una niña. Lo materializa todo. Con un golpe de su varita se hace la vida compacta y sin resorte; todo en otro tiempo era fluido, ahora todo se ha petrificado. Ya no existe el placer para nuestros corazones. Está analizada y se le considera como una sensación, como una crisis pasajera, pues lo que el alma quiere en el día es un estado, y sólo la felicidad es permanente. Se halla en la tranquilidad más absoluta, en la regularidad de las comidas, del sueño, del juego y de los órganos embotados.

—¡Esto es horroroso!...—dijo,—¡soy joven, estoy lleno de vida!... Perezcan todos los libros del mundo antes que mis ilusiones.

Dejé mi laboratorio y me precipité en París. Al ver pasar las caras más hechiceras, repasé bien en que no era viejo; y la primera mujer, joven, bella y bien vestida que me apareció, hizo desvanecer, con el fuego de sus

miradas, el encanto de que yo era voluntaria víctima. Apenas había dado algunos pasos por el jardín de las Tullerías, sitio al que me había dirigido, cuando vi al prototipo de la situación matrimonial a que ha llegado este libro. Hubiera querido caracterizar, idealizar o personificar al Matrimonio tal como lo concibo, y fuera imposible a la misma Santísima Trinidad crear un símbolo tan completo de él.

Figuraos una mujer de unos cincuenta años, vestida con un abrigo de marino pardo rojo, que llevaba en su mano izquierda el cordón verde atado al collar de un perrito inglés muy bonito, y daba el brazo derecho a un hombre con calzón y medias de seda negras, cubierto con un sombrero cuyas alas se levantaban caprichosamente, y bajo los dos lados del cual se escapaban los mechones nevados de su cabellera. Una pequeña trenza del grueso poco más o menos del cañón de una pluma, jugueteaba sobre una nuca amarillenta, bastante gorda, que el cuello doblado de una levita raída dejaba al descubierto. Esta pareja andaba con paso de embajador, y el marido, septuagenario cuando menos, se detenía con complacencia cuantas veces el perrito hacía una gracia. Apreté el paso para adelantarme a esta imagen viviente de mi Meditación, y quedé sumamente sorprendido cuando reconocí al marqués de T..., al amigo del conde de Nocé que, mucho tiempo hacía, me debía el fin de la interrumpida historia, que he referido en la *Teoría del lecho*. (Ved la Meditación XVII.)

—Tengo el honor—me dijo—de presentar a usted a la señora marquesa de T...

Saludé profundamente a una señora de rostro pálido y arrugado. Tenía la frente adornada con cabellos postizos, cuyos rizos chatos y colocados en forma circular, añadían un desencanto más a todas las arrugas que la surcaban. Tenía un poco de arrebol y se parecía bastante a una vieja actriz de provincia.

—¡No veo, señor, lo que podrá usted decir contra un matrimonio como el nuestro!—me dijo el anciano.

—Las leyes romanas lo prohíben—respondí riendo.

La marquesa me echó una mirada que revelaba tanta inquietud como desaprobación, y parecía decir:

—¿Habré llegado a mi edad para no ser más que una concubina?

Fuimos a sentarnos a un banco, en el sombrío bosque plantado en el ángulo del alto terraplén que domina la plaza de Luis XVI, del lado del Guardamuebles.

El otoño deshojaba ya los árboles, y dispersaba delante de nosotros las hojas amarillas de sus copas; pero el sol derramaba un dulce calor.

—Bien, ¿está acabada la obra?—me dijo el anciano con aquel acento untuoso peculiar de los hombres de la aristocracia antigua. Acompañó estas palabras con una sonrisa sardónica a modo de comentario.

—Casi, casi, señor—respondí.—He llegado a la situación filosófica en que me parece que se hallan ustedes; pero confieso que...

—¿Buscaba usted ideas?...—añadió él, acabando una frase que yo no sabía ya de qué modo terminar.—Pues bien—dijo prosiguiendo;—podéis afirmar sin temor que, al llegar al invierno de su vida, el hombre... (el hombre que piensa, entendámonos) acaba por disputar al amor la loca existencia que le han dado nuestras ilusiones...

—¿Cómo, negaría usted el amor, al siguiente día de un matrimonio?

—En primer lugar—dijo,—al día siguiente, ya podría haber motivo; pero mi matrimonio es una especulación—repuso acercándose a mi oído.—He comprado los cuidados, las atenciones y los servicios que necesito, y estoy seguro de conseguir todas las consideraciones que mi edad reclama; he dado toda la fortuna a mi sobrino en el testamento, y no debiendo ser rica mi mujer sino durante mi vida, ya comprenderá usted que...

Eché al anciano una ojeada tan penetrante, que me apretó la mano, y me dijo:

—Parece que tiene usted buen corazón, y por lo tanto le diré que le he proporcionado una dulce sorpresa en mi testamento—añadió alegremente.

—Ande usted aprisa, José—exclamó la marquesa, yendo al encuentro de un criado que llevaba un gabán de seda acolchado;—¡acaso vuestro amo haya cogido ya frío!

El anciano marqués se puso el gabán, lo abrochó, y cogiéndome del brazo, me llevó a la parte del terraplén en que abundaban los rayos del sol.

—En su obra—me dijo,—tal vez habrá usted hablado del amor como joven. Pues bien, si quiere cumplir con los deberes que le impone la obra ec... elec...

—Ecléctica—le dije sonriéndome, pues nunca había podido acostumbrarse a este nombre filosófico.

—Conozco bien ese término—repuso él.—Si quiere usted, pues, obedecer a su voto de eclecticismo, es necesario que exprese respecto al amor algunas ideas varoniles que voy a comunicarle, y cuyo mérito no le disputaré, si es

que hay mérito en ello; quiero legarle algo de mi hacienda, y esto será todo lo que tendrá usted de ella.

—No hay fortuna pecuniaria que valga lo que una fortuna de ideas, cuando son buenas, bien entendido. Así es que escucho a usted, y le doy las gracias.

—El amor no existe—repuso el anciano mirándome.—No es siquiera un sentimiento, es una necesidad desgraciada que fluctúa entre las necesidades del cuerpo y las del alma. Pero adoptando por un momento sus juveniles pensamientos, procuremos raciocinar acerca de esta enfermedad social. Creo que no podéis concebir el amor, sino como una necesidad o como un sentimiento.

Hice una seña afirmativa.

—Considerado como una necesidad—dijo el anciano,—el amor se hace sentir la última de todas, y cesa la primera.

Somos enamorados a la edad de veinte años (poco más o menos), y cesamos de serlo a los cincuenta. Durante estos treinta años, ¡cuántas veces se haría sentir la necesidad si no fuésemos provocados por las costumbres incendiarias de nuestras ciudades, y por el hábito que tenemos de vivir en presencia, no de una mujer, sino de las mujeres! ¿Qué debemos a la conservación de la raza? Tantos niños, tal vez, como tetillas tenemos, para que si uno muere, otro viva. Si éstos dos niños fuesen siempre conseguidos, ¿adónde irían las naciones? Treinta millones de individuos son una población considerable para Francia, puesto que el sueldo no basta para preservar a más de diez millones de personas de la miseria y del hambre. Pensad que la China se ve obligada a arrojar sus niños al agua, según relación de los viajeros. Ahora, pues, hacer dos niños: he aquí todo el matrimonio. Los placeres superfluos son, no sólo libertinaje, sino una pérdida inmensa para el hombre, como le demostraré a usted ahora mismo. ¡Compare usted con esta pobreza de acción y de duración la exigencia cotidiana y perpetua de las demás condiciones de nuestra existencia! La naturaleza nos avisa a todas horas de nuestras necesidades reales; y, por el contrario, se niega absolutamente a los excesos que nuestra imaginación solicita del amor algunas veces. Es, pues, esta la última de nuestras necesidades y la única cuyo olvido no causa ninguna perturbación en la economía del cuerpo. El amor es un lujo social como los encajes y los diamantes. Ahora, examinándolo como sentimiento, podemos hallar en él dos distinciones, el placer y la pasión. Analice usted el placer. Los afectos humanos

estriban en dos principios: la atracción y la aversión. La atracción es esa afección general a las cosas que lisonjean nuestro instinto de conservación; la aversión es el ejercicio de este mismo instinto, cuando nos advierte que una cosa puede perjudicarnos. Todo lo que agita poderosamente nuestro organismo, nos da una conciencia más íntima de nuestra existencia: he aquí el placer. Se constituye con el deseo, con la dificultad y con el goce de tener cualquier cosa. Es el placer un elemento único, y nuestras pasiones no son más que modificaciones tuyas más o menos vivas; por eso, casi siempre el hábito de un placer excluye los demás. Luego el amor es el menos vivo de nuestros placeres y el menos duradero. ¿En dónde coloca usted el placer del amor?... ¿Será en la posesión de un cuerpo hermoso?... Con dinero podéis adquirir en una noche muchas odaliscas admirables; pero al cabo de un mes habrá usted estragado quizá para siempre el sentimiento en usted mismo. ¿Por ventura será esto de otro modo?... ¿Amaréis a una mujer porque viste bien, porque es hermosa y rica, porque tiene coche o porque tiene crédito?... No llame usted a esto amor, porque es vanidad, avaricia y egoísmo. ¿La ama usted porque es ocurrenente?... Tal vez obedece entonces a un sentimiento literario.

—Pero—le dije,—el amor no revela sus placeres sino a los que confunden sus pensamientos, sus almas y sus vidas.

—¡Oh!... ¡oh!... ¡oh!...—exclamó el anciano con tono chocarrero,—hálleme usted siete hombres por nación que hayan sacrificado a una mujer, ¡no sus vidas!... pues eso no es gran cosa; el arancel de la vida humana no ha subido más arriba de veinte mil francos bajo Napoleón, y hay en Francia en este momento doscientos cincuenta mil valientes que dan la suya por una cinta encarnada de dos pulgadas, sino siete hombres que hayan sacrificado a una mujer diez millones, sobre los cuales hayan dormido solitariamente durante una sola noche. Dubreuil y Phumeja son todavía menos raros que el amor de la señorita Dupuis y de Bolingbroke. En tal caso, estos sentimientos proceden de una causa desconocida. ¡Pero me ha llevado usted así a considerar el amor como una pasión! Pues bien, es la última de todas, la más despreciable. Todo lo promete y nada cumple. Viene la última lo mismo que el amor necesidad, y parece la primera. ¡Ah! ¡hable usted de la venganza, del odio, de la avaricia, del juego, de la ambición, del fanatismo!... Estas pasiones tienen alguna cosa

viril, estos sentimientos no son perecederos, y hacen diariamente los sacrificios que no hace el amor sino por humorada. Pero ahora — continuó — adjure usted del amor. Desde luego, ya no hay bullicio, cuidados, inquietudes; no hay ya aquellas pequeñas pasiones que malgastan las fuerzas humanas. Vive un hombre dichoso y tranquilo. Socialmente hablando, su poder es infinitamente mayor y más intenso. Este divorcio obrado con aquel no sé qué llamado amor, es la razón primitiva del poder de todos los hombres que obran sobre las masas humanas; pero esto no es nada aún. ¡Oh! ¡Si conociese usted la fuerza mágica de que está dotado el hombre, cuáles son los tesoros de su potencia intelectual, y qué longevidad de cuerpo halla en sí mismo cuando, desprendiéndose de toda clase de humanas pasiones, emplea toda su energía en provecho de su alma! ¡Si pudiese usted gozar durante dos minutos de las riquezas que Dios dispensa a los hombres sabios que no consideran el amor sino como una necesidad pasajera, a la que basta obedecer a los veinte años durante seis meses; a los hombres que, desdendiendo los abundantes y substanciosos bifecks de Normandía, se alimentan con las raíces que ha dispensado liberalmente, y se acuestan sobre las hojas secas, como los solitarios de la Tebaida!... ¡Oh! ¡No conservaría usted tres segundos la vida e iría a vivir a los cielos!... hallaría usted en ellos el amor que busca en el cielo terrestre, oíría en ellos conciertos mucho más melodiosos que los de Rossini, voces más puras que las de la Malibrán... Pero hablo de ello como un ciego y por haberlo oído decir; si no hubiese ido a Alemania hacia el año de 1791, nada de todo esto supiera... Sí, el hombre aspira a lo infinito. Tiene en sí un instinto que le llama hacia Dios. Dios es todo, lo da todo, lo hace olvidar todo, y el pensamiento es el hilo que nos ha dado para comunicarnos con El!

Se detuvo de repente con los ojos fijos en el cielo.

—¡Este pobre mentecato ha perdido la cabeza!—dije para mí.—Señor—le dije,—sería llevar muy lejos el respeto por la filosofía ecléctica el consignar vuestras ideas en mi obra, porque la destruiría. En ella todo está basado en el amor platónico o sensual. ¡Dios me libre de acabar mi libro con semejantes blasfemias sociales! Procuraré más bien volver, por medio de alguna sutileza pantagruélica, a mi rebaño de solteros y de mujeres decentes, discurrendo algún modo de hallar utilidad social y razonable a sus pasiones y a sus locuras. ¡Oh! ¡oh! Si la paz conyugal nos conduce a razonamientos tan desencantado-

res y tan tristes, conozco muchos maridos que preferirían la guerra.

—¡ Ah, joven! —exclamó el viejo marqués, —entonces no tendré que acusarme por no haber indicado el camino a un viajante extraviado.

—¡ Adiós, viejo esqueleto!... —me dije. —¡ Adiós, matrimonio ambulante! ¡ Adiós, armazón de fuegos artificiales! ¡ Adiós, máquina! Aunque yo te haya dado tal vez algunas ideas de personas que he amado, algunos viejos retratos de familia, vuelve a la tienda del mercader de cuadros, ve a reunirse con la señora de T... y con todas las demás; y que el diablo te lleve, porque... poco me importa.

### MEDITACIÓN XXX

#### CONCLUSIÓN

Un solitario que creía tener el don de segunda vida, habiendo dicho al pueblo de Israel que le siguiese a una montaña para oír allí la revelación de algunos misterios, se vió acompañado de una multitud que ocupaba una buena extensión del camino para que su amor propio se viese lisonjeado, a pesar de su calidad de profeta.

Pero como la montaña se encontrase a no sé qué distancia, ocurrió que, en la primer parada que hicieron, un industrial se acordó de que tenía que entregar un par de babuchas a un señor duque y par, una mujer pensó en que se había dejado sobre la lumbre la papilla de sus hijos, un publicano recordó que tenía que cobrar unas cuentas, y se marcharon.

Un poco más lejos, unos enamorados quedaron bajo unos olivos, olvidando los discursos del profeta; pues pensaban que la tierra prometida estaba allí donde se detenían, y la palabra divina allí donde podían conversar a su antojo.

Unos obesos, provistos de vientres a lo Sancho, y que hacía ya un cuarto de hora que se venían enjugando la frente con sus pañuelos, empezaron a tener sed, y se quedaron al lado de una límpida fuente.

Algunos antiguos militares empezaron a quejarse de los ojos de gallo que les ponían nerviosos, y hablaron de Austerlitz con motivo de las botas estrechas.

En la segunda parada, algunas gentes de mundo se dieron al oído:

—¡ Este profeta es un loco!

—¿ Le habéis escuchado?

—Yo he venido por curiosidad.

—Y yo porque he visto que otros seguían (éste era un petimetre).

—¡ Es un charlatán!

El profeta seguía su camino. Pero cuando llegó a la meseta desde donde se veía un inmenso horizonte, se volvió y sólo vió a su lado a un pobre israelita, al que podía haber dicho como el príncipe de Ligne dijo al infeliz tamborcillo que aquél encontró en la plaza donde creía ser esperado por toda la guarnición:

—Y bien, señores lectores, al parecer habéis quedado reducidos a uno, ¿eh?

¡ Hombre de Dios, que me has seguido hasta aquí!... supongo que una pequeña y somera recapitulación no te asustará, y yo he viajado en la convicción de que tú te decías como yo: ¿ Adónde diablos vamos?

—Corriente, este es el sitio a propósito para preguntarte, caro lector, cuál es tu opinión respecto a la renovación del monopolio del tabaco y lo que piensas de los exorbitantes impuestos sobre el vino, el uso de armas, el juego, la lotería, y sobre los naipes, el aguardiente, los jabones, los algodones y las sederías, etc.

—Opino que formando estos impuestos la tercera parte de las rentas del Estado, nos veríamos muy apurados si...

—De manera, mi excelente marido modelo, que si nadie se emborrachase, ni jugase, ni fumase, ni casase; en fin, si nouviésemos en Francia ni vicios, ni pasiones, ni enfermedades, el Estado estaría muy próximo a la bancarrota, toda vez que nuestras rentas estriban en la corrupción pública, del mismo modo que el comercio vive del lujo. Si se detiene uno a considerarlo bien, se ve que todos los impuestos están basados en una enfermedad moral. En efecto, ¿no procede el ingreso más importante de los Estados de los contratos de seguridad que todo el mundo se apresura a hacer para evitar el engaño y la mala fe, lo mismo que la fortuna de las gentes de justicia estriba en los actos con que se intenta atacar la fe jurada? Y si continuamos este examen filosófico, llegaríamos a ver a los gendarmes sin caballos y sin calzón de ante, el día en que todo el mundo se mostrase razonable y si no hubiera imbéciles ni perezosos. Ahora bien, yo creo que hay más relación de lo que se cree entre mis mujeres decentes y el presupuesto; y yo me encargo de demostrároslo, si queréis dejarme acabar el libro como ha

empezado, es decir, con un pequeño ensayo de estadística. ¿Me concedéis que un amante debe mudarse de camisa con más frecuencia que un marido o que un soltero sin compromiso? Esto me parece fuera de duda. La diferencia que existe entre un marido y un amante se ve con sólo examinar su manera de vestirse y atildarse. El uno lo hace sin artificio, y su barba está a veces descuidada, mientras que el otro se muestra siempre pulcro y elegante. Sterne ha dicho con mucha gracia que el libro de cuentas de su planchadora era el mejor memorial histórico de su *Tristram Shandy*; y que, por el número de sus camisas, se podía adivinar cuáles eran los pasajes del libro que más trabajo le habían costado. Pues bien, para los amantes, el libro de la planchadora es el libro más fiel y más imparcial de sus amores. En efecto, una pasión consume una cantidad inmensa de cuellos, camisas, corbatas y demás ropas necesarias para el aseo constante y la pulcritud en el vestir; pues la blancura de las medias, el brillo del planchado, de una esclavina o de un canesú, los pliegues artísticamente hechos de una camisa y la gracia de una corbata ejercen una influencia inmensa en toda aventura amorosa. Esto explica el pasaje de la Meditación II, en que digo que la mujer decente se pasa la vida cuidando de que le almidonen bien las ropas. He pedido informes a una señora a fin de saber en cuánto podía valuarse esta contribución impuesta por el amor, y me acuerdo que, después de haberla fijado en cien francos anuales por mujer, me dijo con una especie de ingenuidad:—«Eso depende, por otra parte, del carácter de los hombres, porque hay unos que chafan más que otros». No obstante, después de una discusión muy profunda, en la que yo apostaba por los célibes y la señora por su sexo, se convino en que, hechas las debidas compensaciones, dos amantes pertenecientes a las esferas sociales de que se ha ocupado este libro deben gastar ambos por este artículo ciento cincuenta francos anuales más que en tiempo de paz. Por medio de este tratado amistoso, largamente discutido, fué por lo que liquidamos también una diferencia colectiva de cuatrocientos francos entre el pie de guerra y el de paz, relativamente, a todas las partes del traje. Este artículo fué considerado como muy mezquino por todas las potencias masculinas y femeninas que consultamos. Las luces que nos fueron suministradas por algunas personas para ilustrarnos sobre estas delicadas materias, nos sugirieron la idea de reunir en una comida a algunos hombres sabios, a fin de ser guiados por sus

sabias opiniones en tan importantes indagaciones. Se verificó la reunión. Con el vaso en la mano, y después de brillantes improvisaciones, fué como recibieron los capítulos siguientes del presupuesto del amor una especie de sanción legislativa. La suma de cien francos fué aprobada para mandaderos y coches. La de cincuenta escudos pareció muy razonable para los pastelitos que se comen paseándose, para las violetas y las partidas de espectáculos. Una suma de doscientos francos fué reconocida como necesaria para el gasto extraordinario de las comidas de fonda. Desde el momento que el gasto estaba admitido, era preciso cubrirlo con un ingreso. En esta discusión fué cuando un lancero (pues el rey no había suprimido aún su casa encarnada en la época en que fué meditada esta transacción), casi ebrio por el Champagne, fué llamado al orden por haberse atrevido a comparar los amantes con los aparatos destilatorios. Pero el capítulo que dió lugar a las discusiones más violentas, que quedó suspendido durante muchas semanas, y que necesitó un informe, fué el de los regalos. En la última sesión, la delicada señora D... emitió su opinión la primera; y, en su discurso lleno de gracia y que probaba la nobleza de sus sentimientos, intentó demostrar que, por regla general, los dones del amor no tenían ningún valor intrínseco. El autor respondió que no había amantes que no se retratasen. Una dama objetó que el retrato no era más que un capital, y que siempre se cuidaba de pedirlos otra vez para darles nuevo curso. Pero de repente un gentilhomme provenzal se levantó para pronunciar una filípica contra las mujeres. Habló de la increíble hambre que devora a la mayor parte de los amantes por las pieles, las piezas de raso, los tejidos, las joyas y los muebles; pero una señora le interrumpió preguntándole si la señora O..., su amiga, no le había pagado ya por dos veces sus deudas.

—Se equivoca usted, señora—repuso el provenzal,—fué a su marido.

—Ruego al orador que se calle—exclamó el presidente, y lo condeno a festejar a toda la reunión por haberse servido de la palabra *marido*.

El provenzal fué completamente refutado por una dama que procuró probar que las mujeres tenían mucha más abnegación en amor que los hombres; que los amantes cuestan muy caros, y que una mujer decente se consideraría muy dichosa si sólo les costasen dos mil francos al año. Cuando la discusión iba a degenerar en personalidades, se pidió el escrutinio. Las conclusiones decían, en

substancia, que la suma de los regalos anuales, entre amantes, se valuaba en quinientos francos, pero que en esta cifra se comprendían igualmente:

1.º El dinero de las giras campestres;

2.º Los gastos farmacéuticos ocasionados por los constipados que se cogían por la noche, paseándose por las alamedas demasiado húmedas de los bosques, o al salir de algún espectáculo, y que constituían verdaderos regalos;

3.º Los portes de cartas y los gastos de cancillería;

4.º Los viajes y cualesquiera otros gastos generales, cuyos pormenores hubiesen escapado, sin atender a las locuras que pudieran hacer algunos disipadores, en atención a que, en virtud de las pesquisas de la comisión, estaba demostrado que la mayor parte de las disipaciones aprovechaban a las coristas y demás de la Opera, y no a las mujeres legítimas. El resultado de esta estadística pecuniaria del amor fué que, en limpio, costaba una pasión cerca de mil quinientos francos anuales, necesarios para el gasto soportado por los amantes de modo desigual muchas veces, pero que no se gastaban sin tales relaciones. Hubo, además, una especie de unanimidad en la asamblea para confirmar que esta cifra era el *minimum* del coste anual de una pasión.

Así es, querido señor mío, como hemos probado por los cálculos de nuestra estadística conyugal (véanse las Meditaciones I, II, III), de un modo irrevocable, que existe en Francia una masa flotante de un millón quinientas mil pasiones ilegítimas al menos, y se sigue de ello:

Que las conversaciones criminales de la tercera parte de la población francesa contribuyen con una suma de tres millares de cuentos al vasto movimiento circulante del dinero, verdadera sangre social cuyo corazón es el presupuesto;

Que la mujer decente, no sólo da la vida a los hijos de la patria, sino también sus capitales;

Que la mujer decente es un ser esencialmente de presupuesto y de consumo;

Que nuestras fábricas no deben su prosperidad sino a este movimiento *sistolar*;

Que la menor baja en el amor público acarrearía incalculables desgracias para el fisco y para los rentistas;

Que un marido tiene por lo menos una tercera parte de sus rentas hipotecada a la inconsecuencia de su mujer, etc.

Sé muy bien que ya abrí la boca para hablarme de las

costumbres, de política, de bien y de mal... pero, mi querido minotaurizado, ¿no es la felicidad el fin que deben proponerse todas las sociedades?... ¿No es este axioma el que hace que los pobres reyes se tomen tanto trabajo por sus pueblos? Pues bien, la mujer decente no tiene, como ellos, es verdad, tronos, gendarmes, tribunales, no tiene más que una cama que ofrecer; pero si nuestras cuatrocientas mil mujeres hacen dichosos, por medio de esta ingeniosa máquina, a un millón de solteros, y además de esto a sus cuatrocientos mil maridos, ¿no llegan misteriosamente y sin ostentación, al fin que un gobierno tiene por mira, es decir, a dar la mayor suma de felicidad posible a la masa?

—Sí, pero los disgustos, los hijos, las desgracias...

—¡ Ah! permitidme que dé a luz la palabra más consoladora con que uno de nuestros caricaturistas más espirituales termina una de sus cargas:

—¡ El hombre no es perfecto!

Basta que nuestras instituciones no tengan más inconvenientes que ventajas, para que sean excelentes; pues el género humano no está colocado, socialmente hablando, entre el bien y el mal, sino entre lo malo y lo peor. Ahora bien, si el libro que hemos terminado ahora ha tenido por fin disminuir la peor de las especies matrimoniales, descubriendo los errores y los contrasentidos a que dan lugar nuestras costumbres y nuestras preocupaciones, será ciertamente uno de los títulos más hermosos que pueda presentar un hombre para ser colocado entre los *bienhechores de la humanidad*. ¿No ha sido el objeto del autor, armando a los maridos, dar más recato a las mujeres, y por consiguiente, más violencia a las pasiones, más dinero al fisco y más vida al comercio y a la agricultura? Gracias a esta última Meditación, puede vanagloriarse de haber obedecido completamente al voto del eclecticismo que ha formado al emprender esta obra, y cree haber relatado, como un fiscal de Su Majestad, todos los documentos del proceso, pero sin dar sus conclusiones. En efecto, ¿qué os importa hallar aquí un axioma? ¿Queréis que sea este libro el desarrollo de la última opinión que ha tenido Tronchet, quien, cercano el fin de sus días, pensaba que el legislador había considerado en el matrimonio mucho menos a los esposos que a los hijos? Consiento en ello. Deseáis más bien que este libro sirva de prueba a la conclusión de aquel capuchino, que, predicando en presencia de Ana de Austria, y viendo a la reina y a las damas muy enojadas de sus argumentos demasia-

do victoriosos acerca de su fragilidad, les dijo al bajar del púlpito de la verdad:

—Sois todas mujeres honradas, y nosotros, desgraciadamente, hijos de Samaritanas.

Sea así también. Os he permitido sacar la consecuencia que os agrade; pues pienso que es muy difícil no reunir dos ideas opuestas sobre esta materia que no tengan alguna exactitud. Pero el libro no ha sido escrito en pro o contra del matrimonio, y no os debía sino la descripción exacta de él. Si el examen de la máquina puede llevarnos a perfeccionar el rodaje; si limpiando una pieza oxidada hemos dado resorte a este mecanismo, conceded un salario al obrero. Si ha tenido el autor de este libro la impertinencia de decir verdades demasiado duras, si ha generalizado demasiado frecuentemente hechos particulares, si ha descuidado demasiado los argumentos vulgares de que se usa para incensar a las mujeres desde tiempo inmemorial, ¡oh! ¡que sea crucificado! pero no le atribuyáis intenciones hostiles a la instrucción de sí misma, pues sólo tacha a los hombres y a las mujeres. Sabe que desde el momento que el matrimonio no ha derribado al matrimonio, éste es inatacable; y, en fin, si existen tantas quejas contra esta institución, es tal vez porque el matrimonio es una vida en la vida. Sin embargo, las personas que tienen la costumbre de formar opinión leyendo un periódico, murmurarían tal vez de un libro que llevase demasiado lejos la monomanía del eclecticismo; entonces, si necesitan alguna cosa que se parezca a una peroración, no es imposible hallarla. Y puesto que algunas palabras de Napoleón sirvieron de principio a este libro, ¿por qué no ha de acabar como comenzó?

En pleno consejo de Estado, el primer cónsul pronunció esta frase culminante, que es a un tiempo el elogio y la sátira del matrimonio, y el resumen de este libro:

—¡Si el hombre no envejeciese, yo sería partidario de que no tomase mujer!

## POST-SCRIPTUM

—¿Y se casará usted?—preguntó la duquesa al autor en el momento en que éste acababa de leer el manuscrito de esta obra. (Era una de las damas a cuya sagacidad rindió ya homenaje el autor en la introducción de este libro.)

—Ciertamente que sí, señora—respondió el interrogado.

—Encontrar una mujer que se atreva a quererme será en lo sucesivo la más risueña de mis esperanzas.

—¿Es resignación o fatuidad?

—Ese es mi secreto.

—Pues bien, señor doctor en artes y ciencias conyugales, permítame usted que le cuente un pequeño apólogo oriental que le hace tiempo en no sé qué colección de trozos escogidos que nos mandaban todos los años a modo de almanaque. En los primeros tiempos del Imperio, las damas pusieron de moda un juego que consistía en no aceptar nada de la persona con quien se convenía en jugar, sin pronunciar antes la palabra *Diadesté*; en la inteligencia de que aquel que tomase algo sin pronunciarlo era el que perdía el juego. Como comprenderá usted, una partida duraba semanas enteras, y ambos contrincantes acechaban astutamente el momento de coger a su contrario recibiendo algo sin pronunciar la palabra sacramental.

—¿Aunque fuera un beso?

—¡Oh! ¡más de veinte veces gané yo el *Diadesté* de ese modo!—contestó la duquesa riéndose.—Si no me equivoco, fué por aquella época y con motivo de este juego, cuyo origen es árabe o chino, cuando este apólogo obtuvo los honores de la impresión... Pero, si se lo cuento a usted—dijo interrumpiendo el relato e introduciéndose el índice de su mano derecha en uno de los agujeros de su nariz, con un encantador gesto de coquetería,—es con la condición de que ha de ir al final de la obra.

—¿No equivaldrá eso a dotarla con un nuevo tesoro?... Debo ya a usted tantos favores, que me es imposible pagárselos; así es que acepto ese más.

Mi interlocutora sonrió maliciosamente y prosiguió de esta suerte:

—Un filósofo logró reunir una extensa colección de todas las astucias y artimañas que nuestro sexo puede em-

plear para engañar al hombre; y, para precaverse de nosotras, la llevaba siempre consigo. Un día, viajando, llegó a un campamento de árabes. Al ver al viajero, una joven, que estaba sentada a la sombra de una palmera, se levantó inmediatamente, y le invitó con tanta amabilidad a que entrase a descansar en su tienda, que aquél no pudo menos de aceptar. El marido de la joven estaba a la sazón ausente. Apenas se había sentado el filósofo sobre una mullida alfombra, cuando la encantadora árabe le presentó dátiles frescos y una alcarraza llena de leche, no pudiendo aquél por menos de observar la rara perfección de las manos que le ofrecieron la bebida y las frutas. Pero, para distraerse de las sensaciones que le hacían experimentar los encantos de la joven, cuyos lazos le parecían temibles, el sabio abrió su libro y se puso a leer. La seductora criatura, picada de este desdén, le dijo con melodiosa voz:—Preciso es que ese libro sea muy interesante, cuando así absorbe por completo vuestra atención. ¿Seré indiscreta si os pregunto el nombre de la ciencia sobre que versa?... El filósofo le respondió siguiendo siempre con los ojos en el libro:—La materia de este libro no es de la competencia de las señoras. Esta contestación negativa del filósofo excitó aún más la curiosidad de la joven árabe, la cual mostró entonces maliciosamente sus pies, que eran indudablemente los más bonitos que imprimieron nunca sus huellas fugitivas en la movable arena del desierto. El filósofo sufrió entonces alguna distracción y no leyó con tanta atención como antes, pues sus ojos, tentados de un modo demasiado provocativo, no tardaron en contemplar a hurtadillas a la joven árabe, desde los pies, cuyas promesas eran tan fecundas, hasta el busto, que era encantador; después no tardó en confundir la llama de su admiración con el fuego que brillaba en las ardientes y negras pupilas de la joven asiática. Por segunda vez preguntó ésta con voz tan dulce la materia de que trataba aquel libro, que el filósofo encantado respondió:—Soy el autor de esta obra; pero el fondo de ella no es mío, ya que contiene todas las astucias que las mujeres han inventado.—¿Cómo!... ¿todas absolutamente? dijo la hija del desierto.—¿Sí, todas! Y sólo estudiando continuamente a las mujeres es como he logrado llegar a no temerlas.—Ah!... dijo la joven árabe dejando caer las largas pestañas de sus blancos párpados superiores sobre las de los inferiores; después, dirigiendo de pronto una de sus más vivas miradas al pretendido sabio, no tardó en hacerle olvidar su libro y las astucias y artimañas que éste contenía. He

aquí ya a mi filósofo pasando a ser el más apasionado de todos los hombres. Creyendo ver en los modales de la joven un ligero tinte de coquetería, se aventuró a hacerle una declaración. ¿Cómo había de resistir? el cielo estaba azul, la arena brillaba en lontananza como un mar de oro, el viento del desierto traía el amor, y la mujer de la Arabia parecía reflejar todo el fuego de que estaba rodeada. En consonancia con los elementos, los ojos de la joven lanzaban voluptuosas miradas, y un gracioso movimiento de su linda cabeza dió a entender al sabio que consentía en escuchar sus palabras de amor. El extranjero se forjaba ya las más halagüeñas esperanzas, cuando la joven, oyendo a lo lejos el galope de un caballo que parecía tener alas, exclamó:—¡Estamos perdidos! mi marido va a sorprendernos. Es celoso como un tigre y más implacable que... ¡En nombre del profeta, y si en algo apreciáis vuestra vida, escondéos en este cofre!... El autor, asustado, y no viendo otro camino mejor para salir de aquel mal paso, se metió en el cofre, se acurrucó en él y, cerrándolo en seguida la joven, tomó su llave. Salió en seguida al encuentro de su esposo, y, después de haberle hecho algunas caricias que le pusieron de buen humor, le dijo:—Tengo que contarte una aventura muy singular.—Te escucho, gacela mía, respondió el árabe, sentándose sobre la alfombra y cruzando las piernas, según acostumbra a hacer los orientales.—Ha venido hoy una especie de filósofo—continuó ella—que pretende haber reunido en un libro todas las artimañas y astucias de que es capaz mi sexo, y ese falso sabio me ha hablado de amor.—Y ¿qué más?... preguntó el árabe con impaciencia.—¡Que le he escuchado!... repuso ella con sangre fría, es joven, activo y... ¡créeme que has llegado con gran oportunidad para socorrer a mi virtud que ya vacilaba! Al oír esto, el árabe saltó como un leoncillo y, rugiendo de rabia, desenvainó su puñal. El filósofo que, desde el interior del cofre, lo oía todo, daba a Arimanes (1) su libro, las mujeres y todos los hombres de la Arabia Petrea.—¡Fatmé! si quieres vivir, responde... exclamó el marido. ¿En dónde está el traidor? Espantada de la tormenta que se había complacido en promover, Fatmé se arrojó a los pies de su esposo, y, temblando al ver el amenazador acero del puñal, señaló el cofre con una mirada tan rápida como tímida. Se levantó

(1) Principio o dios del mal en la antigua religión de los persas.—(Nota del T.)

después avergonzada, y, tomando la llave que llevaba en la cintura, se la presentó al celoso, y, cuando éste se disponía a abrir el cofre, la maliciosa árabe soltó una carcajada. Detúvose Faroun atónito, y miró a su mujer con una especie de inquietud.—¡Al fin tendré mi hermosa cadena de oro!—exclamó ella brincando de alegría; dámela puesto que has perdido el *Diadesté*. Otra vez ten más memoria. El marido, estupefacto, dejó caer la llave y ofreció de rodillas la prestigiosa cadena a su querida Fatmé, ofreciéndole llevarle todas las joyas de las caravanas que pasasen aquel año, con tal que renunciase a emplear tan crueles astucias para ganar el *Diadesté*. Después, como era árabe y no le gustaba perder una cadena de oro, aunque ésta pasase a ser propiedad de su mujer, volvió a montar a caballo y partió, yendo a refunfuñar a su gusto por el desierto, pues amaba demasiado a Fatmé para que le mostrase sus disgustos. La joven, sacando entonces al filósofo del cofre en que yacía más vivo que muerto, le dijo con gravedad:—Señor doctor, no olvidéis esta astucia en vuestra colección.

—Comprendo, señora—dije yo a la duquesa;—quiere usted decir con eso que, si me caso, sucumbiré probablemente ante alguna diablura semejante y que me sea desconocida. Pero, no importa, de cualquier manera, tenga usted la seguridad de que ofreceré un matrimonio modelo a la admiración de mis contemporáneos.

París, 1824—1829.

FIN



